

El Salvador proceso

informativo semanal

Año 24
número 1059-1060

agosto 13
2003

ISSN 0259-9864

Centro de Información, Documentación y Apoyo a la Investigación

Número monográfico

***Plan “Mano dura”:
una apuesta de la
violencia estatal***

Cuatro mitos sobre las pandillas (I)

El Plan "Mano dura", fundamentalmente diseñado para combatir las maras o pandillas juveniles en el país, ha puesto en el tapete de la discusión pública ese complejo fenómeno sociológico centroamericano. En la actualidad, nadie pone en duda que el fenómeno de las pandillas juveniles constituye un problema serio en la vida social cotidiana del país. Más aún, a juzgar por el debate público que puede verse en los medios de comunicación, una parte de la población salvadoreña atribuye la problemática de la violencia o la delincuencia a la existencia y actividad de las pandillas juveniles.

De hecho, una investigación de opinión pública realizada por el IUDOP hace cinco años encontró que un poco más de la cuarta parte de la población adulta salvadoreña —mayores de 18 años— considera que el problema de las "maras" es el más urgente por atender en el combate de la criminalidad del país.

Buena parte de los salvadoreños considera a las llamadas maras como un problema fundamental de delincuencia y en tal sentido las soluciones que se reclaman van en la vía de reprimirla. El gobierno de Francisco Flores, en una campaña, que bien puede ser calificada como parte de una tendencia al "populismo punitivo"—muy de moda en Latinoamérica— ha lanzado un esfuerzo de represión tomando como eje un anteproyecto de ley dirigido a las pandillas juveniles. Sin embargo, en ninguna parte de ese plan se encuentra un empeño por atender las causas que generan el problema juvenil. En efecto, la mayor parte de declaraciones de los encargados de la seguridad pública del país buscan convencer a la gente de la necesidad de reprimir, eliminar y encarcelar a cualquier joven del cual se sospecha que pertenece a las maras.

Esto ha provocado que la discusión sobre las causas que están detrás del fenómeno no se encuentren en el debate público cotidiano y de los medios. En estas condiciones, traer a cuenta el debate sobre las causas de las pandillas juveniles en el país, y sobre todo, los mitos que rodean a a ese tipo de organizacio-

nes, resulta importante para reorientar la discusión pública y plantear una política nacional de seguridad que resulte efectiva frente al problema. Hay cuatro mitos, entre otros, que se suelen exponer como causantes del problema de las pandillas y por tanto como justificantes de muchas disposiciones del plan mano dura, esos son: primero, la raíz del problema son los deportados; segundo, la falta de valores en la familia es uno de los causantes de las pandillas; tercero, la motivación original del joven al integrar una mara es delinquir; y cuarto, el supuesto garantismo de las leyes penales actuales. Examinemos cada uno de esos mitos.

Los deportados son los responsables de las maras en el país

Uno de los argumentos que se suele oír sobre el origen de las pandillas tiene que ver con la importación de las mismas del exterior, en concreto del sur de California, en Estados Unidos. En esta línea se argumenta que el fenómeno de las pandillas es el resultado de la deportación y del regreso de miles de compatriotas jóvenes que se convirtieron en pandilleros y que, a su retorno, trajeron la violencia a las calles salvadoreñas. Como prueba de ello se ofrece el hecho de que las dos pandillas más grandes y que dominan la dinámica pandilleril local tienen sus raíces o sus orígenes en las calles del Este de Los Ángeles y que buena parte de su expresión se basa en la cultura sincrética de los hispanos en Estados Unidos. Además, se dice que el fenómeno se instaló en el país después de la firma de los Acuerdos de paz, en 1992, precisamente cuando se incrementó el número de salvadoreños que retornaban del exterior.

La verdad es que las investigaciones hechas sobre el tema muestran que el fenómeno no depende o no debe su génesis a la repatriación de los jóvenes salvadoreños. Ya en 1991, varios trabajos de investigación académica daban cuenta de la existencia de las pandillas como un problema serio en el país, el cual según los mismos data de los años setenta. Según tales trabajos, las pandillas esta-

ban creciendo con rapidez y por su naturaleza violenta se estaban volviendo un peligro para los ciudadanos. De acuerdo con lo registrado hace más de doce años, la problemática de las pandillas estaba sometida a la dinámica de muchas pandillas juveniles, cuyo tamaño no iba más allá de los 50 jóvenes por agrupación y cuyo radio de acción se limitaba a ciertas zonas de la capital, como el centro y los barrios más pobres. Pandillas como la Mara Chancleta, Mara AC/DC, Mara Nosedice, Mara Gallo, Morazán, etcétera, eran las más populares entre las discusiones sobre el fenómeno, el cual mostraba desde entonces las características de violencia y solidaridad interna que caracteriza en la actualidad a ese tipo de agrupaciones.

En otras palabras, las pandillas o maras ya existían desde antes del retorno masivo de los compatriotas. Eso pone en evidencia, de paso, el hecho de que el problema de las pandillas juveniles no es reciente ni es sorprendente. La magnitud que ha alcanzado el problema en la actualidad es en buena medida, producto de la negligencia de los anteriores gobiernos, tanto como del actual, en atender integralmente el problema. El hecho de que el gobierno se decida a combatir semejante problema a sólo siete meses de dejar el poder, levanta sospechas sobre sus propósitos electorales.

Pero volviendo al tema de la deportación, de acuerdo con los sondeos entre pandilleros realizados por el IUDOP, sólo aproximadamente el 11 por ciento de los jóvenes mareros que habitan en el Área Metropolitana de San Salvador, se incorporó en los Estados Unidos; más aún, el porcentaje de jóvenes integrados a pandillas que ha viajado a los Estados Unidos no supera al 17 por ciento. De tal forma que es muy poco probable que porque las pandillas que operan en El Salvador llevan el mismo nombre que aquéllas que se generaron en Los Ángeles, se pueda atribuir la génesis del fenómeno a la importación de los mareros. En lo que sí ha habido un impacto significativo de esa repatriación es en la importación de los estilos pandilleros.

El retorno de jóvenes que habían estado en pandillas en el exterior les otorgó un estatus de liderazgo frente a los pandilleros locales, quienes rápidamente adoptaron los usos y mo-

das de los foráneos a su vida cotidiana. Es así que estos jóvenes, que fueron reconocidos como líderes, establecieron un derrotero que los demás comenzaron a seguir, abandonando sus pandillas antiguas para integrar las reputadas del extranjero. Esto explica el hecho de que la mayor parte de las pandillas o maras que existían al principio de la década (AC/DC, Gallo, etc.), no existan más sin que ello signifique la desaparición del fenómeno.

Sin embargo y a pesar de los cambios en las formas, en los nombres y en el tamaño de las pandillas, la dinámica básica de las mismas, caracterizada por la vinculación territorial, la solidaridad grupal, las actividades violentas y el consumo de drogas, no sufrió alteraciones fundamentales. Lo que sí sucedió es que con la reducción del número de pandillas a dos (MS y 18), se crearon las condiciones para una polarización en las interacciones entre las pandillas; al importar la identidad de tales pandillas, se importaron también los conflictos y los odios entre las mismas, y produjo la escalada de violencia y la guerra sin cuartel en las calles de San Salvador.

En tal sentido, el fenómeno de las pandillas ya existía en el país antes del suceso de la repatriación; de no ser por ésta, es probable que las expresiones de las maras se siguiesen desarrollando con el mismo semblante que presentaban en los ochenta e inicios de los noventa. Los "mareros" deportados y retornados lo que hicieron fue darle la expresión contemporánea, pero no son los responsables de originar el fenómeno en el país.

La falta de valores y la desintegración familiar

Muchas veces se suele atribuir el fenómeno de las maras a la influencia de la desintegración familiar sobre sus miembros más jóvenes. Esta tesis, frecuentemente sostenida en los espacios de opinión de la prensa escrita y electrónica, no sólo se asocia a la existencia de las pandillas sino también a la llamada "pérdida de valores" de la sociedad contemporánea. Al hacerlo, se vincula el surgimiento de las pandillas con la incapacidad de las familias desintegradas para transmitir los valores "adecuados" o "correctos" a los jóvenes. Se

asume muchas veces que las madres solteras no son capaces de transmitir valores adecuados a sus hijos o que la ausencia del padre es, de suyo, un mal valor, sin importar la calidad del trato familiar.

Es posible que, dentro de los procesos de desintegración familiar, existan factores que puedan eventualmente conducir a unos jóvenes a integrarse a las pandillas. Sin embargo, los estudios realizados hasta ahora no ofrecen evidencia de que madre sola que cría a sus hijos transmite valores "erróneos". Más bien, las investigaciones subrayan la importancia de las interacciones personales al interior del hogar, no tanto la presencia de todos los miembros de la familia ideal. En otras palabras, lo importante no es en lo fundamental contar con la familia ideal sino que los padres o encargados de los jóvenes mantengan una relación constante y saludable con sus jóvenes, aparte de un monitoreo constante de sus actividades.

Una familia debidamente integrada, pero cuyos padres ejercen niveles extremos de violencia en contra de sus hijos suele ser un predictor mucho más frecuente de jóvenes pandilleros que una madre o un padre solos que proveen afecto y comprensión dentro del hogar. Una investigación realizada también por el IUDOP encontró que los jóvenes cuyos padres suelen ser negligentes, esto es, que usualmente no saben dónde están sus hijos, qué están haciendo y con quién están, suelen tener un comportamiento más violento en el entorno escolar y fuera de él, que aquellos jóvenes que están siendo monitoreados por padres. En el caso de las pandillas, la dinámica parece ser muy parecida.

Una investigación realizada por la periodista canadiense sobre las pandillas salvadoreñas en Los Ángeles, señala que la necesidad de subsistencia entre los migrantes lleva a los responsables familiares a mantener dos o más trabajos simultáneamente, lo cual conlleva al virtual abandono del monitoreo parental sobre sus hijos y/o al control basado en métodos de violencia y de represión dentro del hogar; así, los jóvenes son dejados al libre albedrío y encuentran en la calle y en la pandilla, la familia que no suelen advertir en sus propios hogares, al tiempo que huyen de la violencia ejercida por aquellos mismos encarga-

dos de protegerlos.

Así, lo que cuenta es la calidad del tiempo que los tutores dedican a los jóvenes, esto es, la calidad de las interacciones personales entre las personas que forman una familia, tenga ésta la estructura que tenga. Lo anterior explica porqué no todos los jóvenes que sólo viven sólo con un responsable parental se vuelven pandilleros y por qué más de la cuarta parte de los pandilleros viven efectivamente con ambos padres, sin que la presencia de ambos haya evitado la integración pandilleril.

La desintegración familiar, la ausencia de un miembro importante de la familia, no parece ser el origen más preciso de la integración a las pandillas. Muchos pandilleros se integran a las pandillas porque en su familia no encuentran la atención, el afecto y el respeto que merecen como hijos en una etapa importante del desarrollo emocional de las personas; al no tenerlo en esos entornos, los jóvenes se ven más tentados a buscarlos en otros lados, especialmente en la calle con sus pares, a pesar del costo que ello tenga.

Eso no quiere decir que cierto tipo de consecuencias de la desintegración familiar, como el recargo de responsabilidades en una sola persona, no tengan un impacto en las condiciones que provocan la integración de los jóvenes a las pandillas. De hecho y como lo afirma un estudio llevado a cabo por UNICEF, la ausencia repentina y desde siempre, de un miembro de la familia como el padre, puede recargar las tareas parentales sobre la madre, quien debe encargarse de forma solitaria de todos los aspectos del sostenimiento del hogar; esto puede implicar el sacrificio del tiempo dedicado a las interacciones con los jóvenes —sobre todo en términos de calidad—, dejando a éstos fuera del monitoreo parental.

Al final, más importante que la constitución de una familia ideal, lo que pesa más en las condiciones que estimulan el ingreso a las pandillas es la ausencia de una interacción responsable y saludable entre los miembros de la familia, especialmente de cara a los jóvenes. En su lugar, muchos jóvenes —y esto es especialmente cierto en el caso de las mujeres pandilleras— deben enfrentar ambientes extremadamente violentos en su propio hogar que les impulsan a buscar protección en la misma calle.